

LA CAJITA VERDE

... ¡Recuerda, hombre, el tañido atado a los recuerdos como el silbido a las ausencias! Concuerdan la memoria y el olvido con la luz negra de las sombras. Recuerda recuerdos, mas ni loco ni cuerdo me recuerdes...

En Navidades contará doce meses internado en el ancianato de santa Dymphna. En Navidades contará un año sin contemplar el rostro de sus once hijos. En Navidades, Pedro, Santiago, Juan, Andrés, Mateo, Tomás, Santiago hijo de Alfeo, Bartolomé, Judas Tadeo y Simón lo habrán olvidado una docena de meses, o de años, o de lustros; eternamente.

Colapsan, mientras tanto, las praderas del cielo, los trigales marinos, los arándanos, el lapislázuli y la esperanza misma.

Nicolás escribe cartas para evitar la soledad, pero sus vástagos no leen, y no responden. Del silencio surgen los tonos sordos que enmudecen su existencia. En un laberinto colmado de cadáveres la ausencia se torna olvido, y el olvido se pasea como alma en pena por callejones, encrucijadas, calles sin salida y falsos puentes y túneles que siempre conducen a la casilla inicial. Las tonalidades neutras decoloran la existencia del anciano. Los colores fríos se le han helado, los cálidos: enfriado; hasta congelarse ambos en un gélido gris anónimo e invisible.

Incontables amaneceres, desorientado en los intestinales pasillos vacíos que conducen a todas y ninguna parte, la enfermera María le indica la ruta del comedor; aparece, empero, en las cocinas, la capilla o el huerto. Para él, la cueva de Calipso, el templo de Apolo, o el jardín de las Hespérides participan de la misma esencia. Huye hacia la calle, mas una verja invisible de hijos se lo impide. Desagradecidos vástagos que no le aman, ni lo visitan, desagradecidos, desagradecidos. Y olvida las directrices de la enfermera, aunque sabe que María las repetirá mil veces, mil veces..., los siguientes mil amaneceres.

Le cuesta ordenar las ideas por más ordenados que guarde los sentimientos, y confunde las lágrimas con la lluvia. Empapado, el glacial aliento de las frustraciones transforma en carámbanos las sonrisas muertas. Al anochecer, etéreas piedrecitas verdes flotan en el viento, él las atrapa con los dedos, con los dientes y las mastica como se mastica el maná de las esperanzas. Luego, borracho de soledades vacías se sienta en salones anónimos donde el tiempo ralentiza los días y apresura los meses. Imposible dejar proyectos para mañana; y dormita en butacas recalentadas por otros moribundos como él. Sabe que morirá los meses próximos, pero nunca esa tarde ni la siguiente, ninguna en la que espere un beso. “¿Esperar un beso confiere la inmortalidad?”, se pregunta; y dormita de nuevo sin respuestas. A veces, por momentos, una chispa ilumina sus memorias idas y emergen de entre la oscuridad, la amante esposa, la madre buena, el padre protector, los once vástagos y Dios. “Efímero vuelo de luciérnagas”, piensa.

Muere la mente, mas no el sentimiento, y duerme por fin; y mientras duerme, centenares de duendes acuden a su cabeza para recomponer las infinitas quimeras que alimentan sus pesadillas. Entonces, combina amores y desengaños en el carámbano de su propia

naturaleza hasta descubrir que todo invierno posee su Navidad y todo caballero andante su caballo, su espada y un escudero fiel. Recita, entonces, el himno de los héroes:

“Nunca más allá del infinito ni antes de la meta,
jamás por encima del firmamento ni bajo las nubes;
y siempre asido a las leyes del universo”.

—¡Feliz Nochebuena! —le felicita María.

En un corazón agonizante suenan las pulsaciones de la vida. ¿Quién asegura que Nicolás es un viejo inútil?

—¡Subid la música! —pide alguien—, ¿una asistenta?, ¿un médico?, ¿un cocinero?, ¿la portera?, ¿el perro del huerto?, ¿la gata de la cocina?, ¿el cuco del reloj?

A medianoche los latidos del corazón suenan cual campanadas, late la madrugada del veinticinco de diciembre, las almas recobran la pigmentación juvenil desgastada por la obsolescencia humana. Nicolás desaparece, nadie lo ve salir ni sabe que escapa, le acompaña la extrema lucidez de la generosidad. Tras la misa del Gallo suceden los prodigios. Aéreo y etéreo recibe los besos que deseó y respuestas a las cartas que escribió durante meses. En la madrugada, cuando todos duermen, entrará en los hogares de sus hijos pródigos a través de la chimenea tal como sospechan los duendes, acreditan las cerraduras intactas, y demostrará un regalo anónimo colocado al pie de los abetos artificiales adornados con cintas reflectantes, titilantes pompas de plástico y luminarias de colores...

Junto a magníficos presentes forrados con papel brillante, en el ángulo más discreto que definan las luces navideñas colocará en una pequeña cajita verde el único regalo que puede ofrecerles: OLVIDO.

Considera Nicolás que su dádiva proporcionará a los suyos la dicha necesaria para ser felices un año más, pues les hará olvidar la obligación de asistirle en una enfermedad como el mal de Alzheimer, que tanto sacrificio exige a los cuidadores.

Cuando el alba despunte, cuando la aurora despliegue sus resplandores rosados y despierten las miradas de los hijos, los nietos, los hombres, los niños, los duendes y las salamandras... se preguntarán todos qué regalo contiene la cajita verde.

La abrirán finalmente, solo por curiosidad. Una bendita desmemoria se impregnará en los rincones más recónditos de las consciencias de aquellos seres desagradecidos, ingratos, desnaturalizados...

Mientras tanto, Nicolás regresa, y pasea por los laberínticos pasillos del ancianato en la compañía de una doncella llamada Dymhpna.